

## ROMANCES HISTÓRICOS

### EL PRINCIPE DE VIANA <sup>(a)</sup>

*Romance 1.º — EL CENADOR.*

Las péndolas de escritores  
publiquen glorias mayores;  
Yo de mi Seniora  
La que me enamora  
Polidos loores,

—  
E los reyes fazañosos  
Pugnen por ser poderosos;  
Que mi corazón  
Fará una canción  
A hechizos fermosos.

—  
Así en un clau de aquel tiempo  
Carlos Principe de Viana,  
Retirado en los jardines  
Del Palacio de Tafalla,  
En un cenador sentado  
Que cercan verjas doradas,

Alivia con sus cantares  
El peso de sus desgracias.  
Veinte horas ha que en Aybar  
Ha perdido la batalla  
Y que el Rey Don Juan su padre  
Lo encerró en aquel Alcazar:  
La torre de Ochagavía (b)  
Es por la noche su estancia,  
Su reino son los jardines,  
Sus límites las murallas.  
Del cenador en la sombra  
Bulle fuente de agua clara  
Que en pilón de oscura piedra  
Su limpio cristal derrama:  
Por cincelados pretiles  
Circunda escondida el agua,  
Y dentro la peña dura  
Corre el raudal, bulle y salta:

---

(a) A mediados del siglo precedente, el anterior Conde de Guendulain escribió un largo poema sobre la guerra civil de agramonteses y beamonteses de Navarra, durante el siglo XV, verdadera joya literaria, cuya publicidad habíamos recomendado a su hijo el actual Conde del mismo título,

Los romances que a continuación insertamos forman parte de aquel poema; la belleza de esta composición no sorprenderá a los que recuerden las cualidades literarias y de gran erudición de aquel procer que supo hacer honor a su título.

En estos romances todo es rigurosamente histórico: los personajes, el lugar, las sospechas y celos que más tarde habían de confirmar los hechos, el mal juicio que Don Juan y La Enriquez merecían, hasta el lenguaje, mezcla de castellano y provenzal; y en cuanto al lugar, aun subsisten los residuos del palacio, bosque y jardines y hasta el sillón de piedra con respaldo, perdura en el huerto de una distinguida familia tafallesa.—J. ALTADILL.

(b) Así se denominaba una de las primorosas torres góticas del Real Palacio de Tafalla.

En este mágico albergue  
Murmura la fuente mansa,  
Y en torno oculto responde  
El eco de la cascada:  
Coronan ocho pilares  
Altas agujas labradas  
Y las volubles veletas  
Al soplo del viento cantan;

Ciencia de artífice diestro  
Que al de Memnon imitara,  
Dando al metal armonía  
Con el aliento del aura.  
Así una tarde de otoño  
Don Carlos preso en Tafalla  
Olvida algunos agravios  
Y el pecho amante regala.

*Romance 2.º — LA CANCIÓN.*

Pasaron dos largas horas  
Desque cantó el prisionero,  
Y aun medita en sus desgracias  
Enclavado en el asiento.  
Era de noche, y la luna  
Rompida entre aquellos hierros,  
Pintaba rayos de sombra  
Sobre su frente y su pecho:  
El con los brazos cruzados,  
Puesta la vista en el suelo,  
Revuelve tristes memorias  
En desvelado sosiego:  
Así fantástica sombra  
En las regiones del sueño  
Se pintara, o el cometa  
Pálido en el aire negro.  
Siente rumor en el campo  
Deja el mágico embeleso,  
Y una triste voz escucha  
Que iba cantando estos versos:

«Fijo de mala ventura  
Catad engainos traidores  
E los amores  
E fermosura,  
Fagan la goarda  
De la bravura  
De tus seniores.

—  
En el castiello encerrado  
Non fagades colación,  
Que la traición  
Vos ha jurado  
Con males artes,  
Et mal bocado

La perdición.

—

La lealtat amorosa  
Vos dará confort e ayuda.  
La que viuuda  
Sola e llorosa,  
De su cautivo.  
Sofre enojosa  
La suerte ruda.»

En pié se pone Don Carlos,  
Siente palpar su pecho,  
Corre a la reja del muro,  
Y encuentra todo en silencio.  
Las estrellas de la noche  
bordan el lóbrego velo,  
Y en la arboleda susurra  
El soplo leve del viento.  
Baña el pié del alto muro  
Un bullicioso arroyuelo,  
Y allá a lo lejos se juntan  
Las montañas y los cielos.  
Busca el Príncipe la causa  
De tan misterioso acento,  
En vano; allí grita un buho,  
Y más allá ladra un perro.  
Torna impaciente la espalda,  
Hiere con la planta el suelo  
Suenan su palma en la frente,  
Y el jardín recorre inquieto.  
Vuelve a buscar, nada encuentra,  
Torna a escuchar, duerme el viento;  
Suspira y por los verjeles  
Retírase al triste lecho.

Romance 3.<sup>o</sup>—LA SOSPECHA

Tres horas después del alba  
 Se ve al ilustre cautivo  
 En el jardín del palacio  
 Taciturno y abatido,  
 En un sillón de respaldo  
 De toscos peñascos hijo  
 Que antiguo dosel corona  
 Pardo, gótico y macizo.  
 Apoya en la mano el rostro  
 lángido y descolorido  
 Y solo eleva los ojos  
 Al lanzar tristes suspiros;  
 Vagan confusas palabras  
 Entre sus labios marchitos,  
 Que el sueño lo ha abandonado  
 Y el dolor lo ha consumido.  
 «En menguada hora,—exclamaba,  
 Engendrateis este fijo,  
 Para fartarlo de males  
 Humillarlo e perseguirlo,  
 Non sois vos, Don Juan; la fembra  
 que de Castilla nos vino,  
 Fasta quitarme la vida  
 Non habrá el sueño tranquilo,  
 Los traidores me persiguen  
 Et con lures artificios,  
 Ni la tabla ni la copa  
 Non son salvas de sus tiros.

¡E mi amor! ¡con cuanto duelo  
 Llorará su amor perdido,  
 E fará doliente potro  
 De su lecho solo e frio!  
 Gemirán en vano e tarde  
 Entre sus brazos mis fijos,  
 No curando los traidores  
 De sus llantos e gemidos.»  
 Aquí el Príncipe callára,  
 Que el alcaide del castillo  
 Viene seguido de un page  
 A brindarle amargo alivio,  
 Dícele, «Si vuestra Alteza  
 Se sintiera decaido  
 Bien drezada está la tabla  
 Et de viandas et de vinos.»  
 —«No me place, buen alcaide,  
 Ni me acucia el apetito:  
 Del convit que me feciestis  
 Yo vos soy agradecido.»  
 —«Ya dos dias vuesa Alteza  
 Ha pasado en el castillo  
 Sin catar bocado apenas  
 con desgracias afligido »  
 —«Que callades vos ordeno,  
 Dios vos guarde.»—«E a vos lo mismo,»  
 Y Carlos quedó entregado  
 A su amoroso delirio.

Romance 4.<sup>o</sup> — LA ALDEANA.

Ya el sol empieza a esconderse  
 Por detrás de la montaña  
 En que de Santa Lucía  
 El castillo se levanta.  
 Sobre el cielo arbolado  
 La sombra oscura resalta  
 De las agudas almenas  
 Y las macizas murallas:  
 A sus pies entre altos muros  
 Se ve la fuerte Tafalla  
 Y el palacio de los Reyes  
 Bordando su verde falda;  
 Columnas y corredores  
 Se ven, y patios, y plazas,  
 Y sus frondosos jardines  
 cercados de torres altas.  
 En un retirado albergue

Tejido de frescas parras,  
 Está Don Carlos rendido  
 Al peso de sus desgracias.  
 Se oye rumor a la puerta,  
 Vuelve el Príncipe la cara  
 Y ve entrar en los jardines  
 Una joven aldeana:  
 Está lejos: ve tan solo  
 Ropa oscura y tocas blancas,  
 Mas le animan y sorprenden  
 Los versos que alegre canta;  
 »La lealtad amorosa  
 Vos dará confort e ayuda  
 La que llorosa  
 Sofre enojosa  
 La suerte ruda.»  
 Recuerda el cantar pasado,

Vuela el Príncipe a encontrarla,  
 Pero con paso ligero  
 Se le esconde la aldeana.  
 Sigue Don Carlos la senda  
 Llega a una espesa enramada  
 Do gimen los ruiseñores.  
 Y amor y dichas presagian.  
 Ya el sol bajara a Occidente

La sombra el aire embargaba  
 Y no parece en el bosque  
 El objeto de sus ansias.  
 Leve rumor de las hojas  
 Como el susurro del aura  
 Siente, y divisa una mano  
 Que al bosque umbroso le llama.

Romance 5.<sup>o</sup> — EL BOSQUE.

Entra Carlos en el bosque  
 Tras la fugitiva ansioso,  
 Que amor las penas y duelos  
 Le separa de los ojos.  
 Ve a la joven, y las tocas  
 Que antes cubrían su rostro,  
 Desparecen y el de Viana  
 Lanza un ¡ay! de puro gozo.  
 Es Doña Brianda la bella  
 Que ha vestido sayal tosco  
 Por ver a su amor que gime  
 entre muros y cerrojos.  
 Teme traiciones por Carlos,  
 Quiere avisarle de todo,  
 Es mujer ama y desprecia  
 Puertas, murallas y fosos.  
 Corren, se abrazan, se estrechan,  
 Mezclan suspiros y lloros,  
 Nombran su amor y sus hijos,  
 Y un abrazo sigue a otro.  
 «¡Qué llorosa e lastimera,  
 Sois Brianda! ¿A qué ese lloro?  
 ¿No me veis de muerte salvo?  
 ¿O faceis el duelo al trono?»  
 —«Yo non curo de esplendores  
 Carlos mio, et vos sois todo  
 Para mi, corona, sceptro,  
 Nada facen sin mi esposo.  
 Mas non tiene a vuestro lado  
 Mi querer cumplido gozo  
 Que ese padre es falso e crudo  
 Et de intentos ponzoñosos.  
 Mucho estima vuestro regno  
 La de Enriquez, é es dudoso  
 Su regnar seyendo vivo  
 Vos, e vivo Don Alfonso.  
 Aragon et Juan segundo  
 Juntament vos dan socorro,  
 E bien saben que en la tumba  
 Vos tendrán seguro solo. Y  
 —«Non fagads, amada e cara,

Esos cuentos espantosos  
 Y a Don Juan de Beaumonte  
 Fablad claro e decid todo.  
 Non temades, yo non cato  
 Ni un bocado sospeitoso:  
 Preparadme alguna vianda  
 E a la noche envidad socorro:  
 Una estofa en una flecha  
 Vuele presto, é d' este modo  
 Salvad la erguida muralla,  
 Escribidle a Don Alfonso.»  
 —«Ved las viandas, Carlos mio,  
 Vos las deixo en este tronco;  
 El será la homilde cambra  
 De mi Rey que, preso, lloro.  
 A Dios, yo vos deixo, Carlos,  
 E vos juro sin reposo  
 Vivir, fasta que seguro  
 Vos contemple sobre el trono.»

—  
 Así en el bosque sombrío  
 Los amantes recelosos  
 Con la presente ventura  
 Olvidan ajenos odios.  
 Mas llega el triste momento  
 De partir, que una hora solo  
 Compró la amorosa joven  
 Con súplicas y con oro.  
 La luna asoma atrevida  
 Y hace brillar en su rostro  
 Lágrimas que ella ocultaba  
 con expresiones de gozo.  
 Ya no más, rompe el torrente  
 De dolor y amargo lloro  
 Y huye los brazos de Carlos  
 Que queda estático y solo.  
 Toma una senda del bosque,  
 Se confunde entre los troncos  
 Y sus pasos y gemidos  
 Se oyen confusos y sordos.